

INTERNATIONAL ASSOCIATION FOR THE EXCHANGE OF STUDENTS FOR TECHNICAL EXPERIENCE (I.A.E.S.T.E.)

COMITE ESPAÑOL PARA INTERCAMBIO DE ESTUDIANTES TECNICOS

XI Congreso anual, - Madrid, enero 1958. · Discurso de bienvenida a los Delegados,
por D. JOSE MIGUEL RUIZ MORALES, Director general de Relaciones Culturales.

Me resulta especialmente grato que mi primera actuación pública como Director general de Relaciones Culturales, del Ministerio de Asuntos Exteriores, sea para dar la bienvenida a nuestros huéspedes de hoy, los Delegados extranjeros al XI Congreso Anual de la I.A.E.S.T.E. (Asociación Internacional de Intercambio de Estudiantes para Experiencias Técnicas).

Han acudido a esta reunión delegaciones de 19 países: Alemania, Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Israel, Italia, Noruega, Países Bajos, Portugal, Reino Unido, Suecia, Suiza, Turquía y Yugoslavia.

A todas ellas, nuestra más cordial bienvenida. En esta época del año comprendo que no podemos ofrecerles flores o sol, al menos en Castilla; otra cosa hubiese sido en Alicante o en la Costa del Sol de Málaga o en las Islas Canarias. Pero en Madrid podemos, sin embargo, presentarles la lejanía nevada de la Sierra de Guadarrama, que se contempla tan bien desde la entrada de esta Escuela. Deportes de nieve a una hora de la capital y bellezas naturales que cuentan con una larga ejecutoria como tema favorito de los mejores artistas de nuestro Museo del Prado. Confío, pues, en que recuerden ustedes a mi país con cariño y dejen aquí amistades duraderas.

Quiero apresurarme ahora a dar las gracias a la I.A.E.S.T.E. por haber sido uno de los primeros organismos internacionales que, a pesar de la actitud injustificadamente hostil contra España que imperaba todavía en 1951, no vaciló en acoger sin recelo a mi país en aquella fecha. Fué un proceder simpático que mi Gobierno no ha olvidado; y nos honramos mucho en tener hoy como huéspedes a nuestros amigos y colaboradores de la I.A.E.S.T.E.

Este criterio de amplitud y miras elevadas de la I.A.E.S.T.E., así como la eficacia de su organización (tal vez la más perfecta entre las entidades de este tipo), ha tenido sus frutos, como lo demuestra el hecho de que si en su fundación, en 1948, contaba tan sólo con la colaboración de 10 países, logrando un intercambio total de 920 estudiantes, hoy en día forman parte de la misma 23 naciones, tanto de Europa como de África, América y Asia, habiendo llegado a intercambiar, en 1957, 5934 estudiantes técnicos. Me congratulo mucho en destacar la eficaz y utilísima labor de la I.A.E.S.T.E.

Es muy justo hacer constar que para llegar a estos resultados ha sido precisa la colaboración de las industrias de todos los países miembros de la I.A.E.S.T.E., verdadera base del intercambio. Las Empresas, privadas unas y paraestatales otras, con una fina percepción del problema, han comprendido rápidamente la trascendencia de este mecanismo, que permite a los futuros directores de Empresa conocer otras técnicas, otros ambientes, otros medios de vida y otros modos de pensar, ya que este camino del conocimiento mutuo es el más lógico para el entendimiento internacional que debe llevar a la paz, la meta más noble que debe orientarnos a todos.

Con ser de la máxima importancia este resultado, no es el único que se logra por este medio, por cuanto el estudiante, durante su período de trabajo en un país extranjero, entabla amistades con los técnicos de otras naciones y establece así vínculos permanentes de relaciones industriales que permiten un desenvolvimiento más amplio e internacional de las Empresas.

Cada vez que entro en una Escuela profesional superior, como hoy esta de Ingenieros Navales, por asociación de ideas me vienen al recuerdo nuestros estudios en la Escuela Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores y la necesidad creciente en el mundo actual del entrenamiento especializado.

Además, esos nombres que he visto estampados en la rotonda: Blasco de Garay, Bazán, Jorge Juan y Monturiol, famosos en la historia marítima española, me han evocado hechos trascendentales en la vida de las naciones, ese tejido de acontecimientos sobre el cual hemos de operar nosotros, los diplomáticos.

Son bien conocidos los espectaculares renacimientos navales en particular e industriales en general, de algunos países, precisamente a través de la incorporación de técnicos extranjeros. El renacer naval de España a mediados del siglo XVIII se debió más bien a una galvanización de las energías nacionales por el Ministro Marqués de la Ensenada, pero hay dos ejemplos clásicos, asombrosos, que hemos estudiado quienes dedicamos nuestros afanes a la vida internacional. Uno, el despertar de Rusia bajo Pedro el Grande, y otro, el brusco advenimiento de la era Meiji en el Japón. Y el principal catalizador de cambios tan trascendentales fué precisamente la adopción de los avances técnicos del extranjero.

Desde su niñez, Pedro se había interesado por la construcción naval. Un holandés, Timmerman, le enseñó el uso del astrolabio. Un aventurero suizo, Lefort, jovial y astuto granuja por lo demás, persuadió al joven zar para que marchase al extranjero a completar su educación naval.

Inmediatamente después de frustrado su primer intento de conquistar Azof a los turcos, mandó traer de Austria y Prusia cuantos zapadores, minadores, mecánicos y carpinteros pudo contratar con el dinero — entonces no se hablaba aún de divisas — de que disponía, pues quería armar una escuadra lo bastante fuerte para evitar que la flota turca socorriese Azof. Pedro mismo vivió entre sus obreros para construir docenas de barcos de todos los tipos, trabajando con más ardor que nadie.

En 1697 envió una gran embajada a las potencias occidentales para pedirles su cooperación contra la Sublime Puerta. Pedro se agregó a ella como un marinero voluntario más, "Peter Mijailof", con objeto de tener mayores facilidades para aprender la construcción naval y adquirir otras experiencias técnicas. Visitó así Alemania, Holanda e Inglaterra.

Como misión política fué un fracaso completo, pues las grandes potencias estaban en aquel entonces mucho más interesadas en asuntos de Occidente que de Oriente. Mas ¡qué torpe juicio para un diplomático sería pensar que fué tiempo perdido!, ya que personalmente Pedro aprendió todo lo que deseaba saber: artillería en Königsberg, construcción naval en Saardam y Deptford. Se encaminaba a Venecia para completar sus conocimientos de navegación, cuando la revuelta de los *strieltzi*, o mosqueteros, le obligó a volver a Moscú.

El viaje de Pedro por el extranjero le había convenido más que nunca de la superioridad del extranjero. La imitación tenía necesariamente que empezar por lo externo, y Pedro empezó por reprobar las luengas barbas y vestidos orientales, que simbolizaban el archiconservadurismo de la vieja Rusia. Un día los hombres principales fueron convocados por el Zar en su mansión de madera de Preobrazenskoye, y el propio Pedro procedió a recortar las barbas y bigotes de sus boyardos más destacados.

Imitando así los modelos occidentales, el esfuerzo hercúleo del gran regenerador convirtió en pocos años a la vieja Moscovia en un Estado europeo. En la "ventana hacia Europa" de San Petersburgo, fundada en la desembocadura del Neva al día siguiente de su victoria sobre los suecos, creó en 1715 la "Academia Naval", dirigida por un matemático inglés, Farquharson.

El otro ejemplo sensacional de modernización industrial de un país en pocos años mediante la búsqueda en el extranjero de energías capitalizadas en una técnica, es el advenimiento de la era Meiji en el Japón, en 1868. Es también curioso que fuese en el campo naval donde se produjeron los cambios más notables. Antes de esa pacífica revolución se había considerado como prueba extrema de progresismo por parte del Shogun Keiki el enviar a su hermano a ver la Exposición Universal de

París; ¡éstos habían sido todos los envíos de "estudiantes para experiencias técnicas" hasta aquel momento!

Advino entonces el emperador Mutsuhito, que adoptó el título de Meiji, es decir, "Gobierno ilustrado". En cuarenta y tantos años de reinado (desde la abolición del shogunato, en 1868 hasta la muerte del emperador, en 1911), Japón pasó de ser un país feudal a convertirse en una de las primeras potencias mundiales. Y ello se debió a la adopción de técnicas europeas y norteamericanas y al envío de jóvenes nipones al extranjero. En el campo naval se estimuló la Escuela de Tsukiji, en Yedo, y la construcción de unos astilleros en Yokosuka, bajo la dirección del francés M. Betin, que pronto se transformaron en una de las Empresas más fuertes de Extremo Oriente.

Durante la etapa Tokugawa anterior, se había seguido una política de aislamiento, llegando a prohibirse por edicto la construcción de buques de alta mar. Hacia 1890 (veintidós años después de iniciada la era Meiji), Japón poseía diez veces más tonelaje que en 1868; en 1905 ganaba una guerra contra Rusia, y acabada la primera guerra mundial era una de las grandes potencias marítimas.

En la era Meiji se introdujeron toda suerte de reformas. Se suprimieron todas las restricciones que impedían a los japoneses marchar al extranjero. Se permitió el cristianismo, se adoptaron la vacuna, el correo, el telégrafo y los barcos de vapor. Se contrataron libremente asesores europeos y norteamericanos. Añadamos, no obstante, que la imitación sin ton ni son de todo lo occidental llevaba camino de conducir al vandalismo y a la estúpida ceguera hacia los muchos méritos y bellezas de la cultura japonesa.

Otro ejemplo célebre de rápidos avances por la vía del progreso técnico es el de la Rusia soviética, especialmente desde 1945. Pero limitémonos a recordar su desdén de valores que estimamos indispensables en el concepto cristiano de la cultura. No he querido, pues, sino señalar dos casos extraordinarios de cómo en una treintena de años, uno en el siglo XVIII y otro hace menos de un siglo, dos países medievales se colocaron, mediante la revolución técnica, en la cúspide del poderío económico y político.

El azar ha querido que quien tiene el honor de dirigir a ustedes la palabra llegue precisamente de reuniones internacionales en las cuales el progreso técnico ha sido el principal tema discutido.

Asistí, en septiembre último, a las Juntas de Gobernadores que celebraron en Washington las tres instituciones derivadas de los acuerdos de Bretton Woods: Fondo Monetario Internacional, Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (llamado popularmente Banco mundial), y su tercera hermana, la Corporación Financiera Internacional, nacida en 1956.

Después intervine en Nueva York, como miembro de la Delegación española, en los debates de la 2.ª Comisión (para Asuntos Económicos y Financieros) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, durante su 12.º período de sesiones, en el que se discutió especial-

mente la creación de un fondo de las Naciones Unidas para el desarrollo económico.

En ambas reuniones, de 64 países la del Fondo y Banco, de 82 la de la ONU, el mismo tema surgió una y otra vez con carácter casi obsesivo: fomento económico, avance técnico. Decenas de países que han vivido hasta estos días una existencia primaria en formas de vida estancadas desde hace siglos, quieren incorporarse sin demora al nivel tecnológico logrado por los países adelantados tras centurias de paciente investigación, de caudales ingentes de ingenio y energía humana aparentemente gastados en vano, de sumas fabulosas de dinero invertidas casi a fondo perdido, merced a las cuales se ha ido penetrando milímetro a milímetro en la oscuridad, a veces traicionera, de lo desconocido.

A principios de siglo se estimaba un salto multiseccular el pasar del candil de aceite a la bombilla de luz eléctrica; hoy hay países que casi no han descubierto la rueda y quieren — abreviándose veinte siglos — caer en la era de los computadores electrónicos o el mando a distancia.

Desde la anterior reunión de la I.A.E.S.T.E. en Aquisgrán, hace un año, ha ocurrido un acontecimiento trascendental en el mundo de la técnica: la iniciación de la conquista de los espacios siderales, que ha puesto en conmoción la llamada "batalla de los laboratorios y la investigación" para movilizar el máximo de recursos en la docencia técnica.

En ese ambiente internacional comprobé el empuje arrollador que lo técnico ha adquirido hoy día en los contactos culturales entre países, hasta el punto de que en algún Gobierno, por ejemplo, en Francia, la Dirección General de Relaciones Culturales del Quai d'Orsay ha visto añadir a su denominación el apéndice "y de Asuntos Técnicos".

Pocas personas hallarán ustedes, sin embargo, en este país mío que crean tan sólo en la técnica, que sean absorbidas únicamente por la mística del progreso material. Más de veinte siglos de cultura humanística han dejado un fuerte residuo en el pueblo español, que no pueden desarraigar fácilmente los vientos, a veces huracanados, del tecnicismo.

¿Saben ustedes que en Séneca, el gran escritor hispano-romano del Imperio, junto a trozos de misantropía y desconsuelo, se encuentra la afirmación más rotunda que hay en la antigüedad acerca del progreso del género humano?

Dice así:

A todos está abierta la verdad; nadie la ocupó todavía; mucho queda de ella a los venideros. Ya vendrá un tiempo en que salgan a luz las cosas que ahora se ocultan, y en que la diligencia de otro siglo las extraiga de las entrañas de la tierra; no basta una sola edad para la investigación de tantas cosas.

Séneca, que no fué ciertamente un gran filósofo, como moralista ejerció una profunda influencia. Pode-

mos considerarle uno de los principales educadores del mundo moderno, habiendo modelado especialmente el lado estoico, tan considerable del alma española.

Mas si en el combate Espíritu-Materia, los españoles nos volcamos sin dudarlo a favor del Espíritu, no quiere eso decir que pensemos que esa alternativa constituya una disyuntiva tan clara. Por eso he citado a un español del siglo I de la Era Cristiana, Séneca, que brilla en el firmamento como estrella de la moral estoica, como campeón indiscutido del Espíritu. Pues, como hemos visto, él creía también en la potencialidad descubridora de la mente humana, para ir ensanchando el horizonte del conocimiento, para ir "progresando", para ir integrando una "técnica". Pero (y aquí es donde nos sale nuevamente al paso — como un celador incorruptible de nuestra conducta — el guardián de las Humanidades), siempre que sea para un noble fin, fundamentalmente el respeto al prójimo, entendiendo por prójimo tanto quienes conviven con nosotros en el mundo actual como las generaciones venideras.

Toda técnica encaminada a la destrucción, presente o futura, debe ser condenada de antemano. Busquemos tan sólo aquélla que tienda al máximo desarrollo positivo de los valores humanos.

Al haber elegido Madrid como sede de la Conferencia Anual de 1958 de la I.A.E.S.T.E., las Delegaciones de todos los países asistentes podrán apreciar libremente el estado actual de España y el gigantesco esfuerzo realizado para rehacer un país agotado por una dura guerra contra el comunismo internacional, atendiendo no sólo a su propia reconstrucción sino también a una industrialización absolutamente necesaria a su economía.

El Generalísimo Franco recordaba a los españoles hace unos días, en su mensaje de fin de año, que en la etapa 1939-1957 fué tarea inaplazable la formación de equipos técnicos para la revalorización de la atrasada agricultura española y para la expansión industrial. Y España hubo de hacer frente a estos problemas sin su oro, del que había sido privada en 1936, al ser llevado a la Rusia soviética, y sin ser beneficiaria en los grandes planes multilaterales de ayuda al extranjero.

Por eso es particularmente interesante para España el sistema I.A.E.S.T.E., que parece especialmente ideado para países, como el nuestro, pobres en divisas. Mediante una especie de cuenta global de compensación, se salva esta dificultad y el intercambio de estudiantes para experiencias técnicas no tiene más límites que el de la generosidad bien entendida de las Empresas, tanto extranjeras como españolas. En mi país son las industrias, no el Estado (insisto en ello y les reitero mi felicitación y agradecimiento), quienes financian este plan, acogiendo todos los años a un número (hoy ya 205) de estudiantes técnicos extranjeros, para que trabajen en nuestras fábricas, talleres, centrales eléctricas, refinerías y laboratorios, los alojan y les abonan un sueldo. Como intercambio con ese esfuerzo económico en pesetas generan en 22 países extranjeros, una contrapartida de las más variadas divisas, al amparo de la cual pueden ir estu-

diantes técnicos españoles (ingenieros, arquitectos, químicos, etc.) a perfeccionar su experiencia, renovando así sus conocimientos teórico-prácticos adquiridos en la Escuela española, mediante el contraste con la realidad viva de otros países.

España rompe así la barrera angustiosa de su falta de divisas.

La técnica, que es expansiva e internacional por naturaleza, ve así suprimidas fronteras artificiales.

Comprenderán ustedes fácilmente por qué el Gobierno español ha acogido tan favorablemente este sistema y le presta su decidido apoyo.

Son 950 los estudiantes técnicos extranjeros que han venido a trabajar en industrias españolas desde 1951 a 1957; han apreciado, pues, que España no es sólo país de arqueología o pintoresquismo, según la visión desfigurada que suele tenerse de él en el extranjero a través de la ópera "Carmen" o de ciertas películas más o menos sensacionalistas; aunque llegado tarde a la revolución industrial, en muchos casos ha sabido incorporarse y crear la técnica más moderna. En su complejo y rápido proceso de desarrollo industrial figuran tanto industrias básicas: energía eléctrica, siderurgia, cemento, fertilizantes, astilleros, como industrias secundarias y de transformación, sin olvidar las químicas y especialmente la petroquímica. Proceso en el que colaboran las empresas de iniciativa privada y el Estado, éste a través del Instituto Nacional de Industria (I.N.I.) con sus variadas e importantes Empresas Nacionales.

En el mismo período 1951-57, marcharon al extranjero en intercambio, 1 037 estudiantes técnicos españoles. Durante dos años, en Washington, he visto funcionar el plan de intercambio técnico, financiado de manera distinta, a saber, con fondos del Programa de Seguridad Mutua entre España y los Estados Unidos, y he podido comprobar sus benéficos resultados: a su amparo, más de un millar de técnicos españoles han tenido la oportunidad de observar y estudiar la vida agrícola, minera, industrial y la Administración Pública de los Estados Unidos. Aquellos eran ya hombres maduros, mientras estos estudiantes de I.A.E.S.T.E. son aún jóvenes, generalmente en los dos o tres últimos años de sus estudios

profesionales. Estos centenares de muchachos españoles (y si sigue así el ritmo en breve podrán ser millares) que todos los años van a trabajar a Empresas extranjeras, cumplen una misión de primera línea, pues a la vuelta de unos cuantos años, cuando ocupen puestos destacados en la industria española, podrán aplicar las experiencias que han adquirido — viendo las cosas por sus propios ojos — en esos tres meses de vacaciones, a veces más valiosos que campañas teóricas, en favor de la racionalización o de la productividad. Serán, pues, indispensables para seguir edificando la vida económica de España.

Ya sé que todavía este sistema tiene algunos defectos: uno de ellos, el breve término — sólo dos o tres meses — de la estancia de los estudiantes; pero no olvidemos que el intercambio ha de efectuarse forzosamente en época de vacaciones, para no desarticular los planes de estudio de los beneficiarios.

Éstame tan sólo dedicar unas frases de elogio:

Al Ministerio de Educación Nacional, pues a él compete casi exclusivamente la responsabilidad de la formación profesional de los técnicos españoles a través de las Escuelas Superiores y Especiales;

Al Patronato "Juan de la Cierva", de Investigación Industrial, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por sus esfuerzos a favor del avance técnico en sus aplicaciones industriales;

Y, por supuesto, al "Comité Español para Intercambio de Estudiantes Técnicos" y en especial a su Presidente, D. José Pazó, profesor de la Escuela Especial de Ingenieros Aeronáuticos, y a su Secretario, D. Rafael Altamira, de la Escuela Especial de Ingenieros Industriales. Este Comité español de la I.A.E.S.T.E., con medios bastante reducidos y luchando con grandes dificultades, ha logrado en pocos años resultados realmente notables, que estoy seguro serán mejorados en el futuro, mediante el resuelto patronato de esta Dirección General de Relaciones Culturales, como de las de Enseñanzas Técnicas y de Industria, con la cooperación de industrias españolas de todo orden.

Con esto termino. Deseo mucha suerte y grandes éxitos al XI Congreso Anual de la I.A.E.S.T.E. en sus deliberaciones de Madrid.